



JOB SHADOWING EN TURÍN

Yolanda Chacón
Miguel Ángel Ortega



0.- Antes que nada

Lo que sigue es un relato de una semana de estancia de los profesores Yolanda Chacón y Miguel Ángel Ortega en el liceo Alfieri de Turín.

Es el resultado de un “job shadowing” al que tuvimos acceso gracias al programa Erasmus+ y en ningún caso pretende ser un estudio académico ni lo que se cuenta tiene más pretensiones que la de mostrar a los compañeros del IES Pedro Mercedes lo más significativo de lo que vimos allí.

Un estudio del sistema educativo italiano es otra cosa. No es eso lo que debe buscarse aquí.

1.- Un vistazo general.

El liceo (instituto) que nos recibe es un hospital psiquiátrico reconvertido en centro educativo (dos instancias singularmente próximas para Foucault) y eso se nota en la generosidad de los espacios de tránsito: el recibidor, los pasillos, las escaleras que suben cuatro pisos.

Las clases son pequeñas (imposibles, desde luego, para tiempos de pandemia) y las paredes de corredores y aulas hace mucho tiempo que necesitan que el alcalde ordene que se les dé una mano de pintura.

Las paredes de las aulas están decoradas con mapas murales



impresos hace mucho más de medio siglo. El frente está presidido, generalmente, por dos pizarrines negras y, en el centro, una pantalla digital de algunas decenas de pulgadas que manipula el profesor en una mesa de alumno que funciona como soporte auxiliar, situado a la derecha de su posición docente. Es como si, al llegar, los nuevos tiempos lo hubieran hecho pidiendo no molestar más de lo necesario, que todo siga igual para que nada se resienta.

2.- La primera clase.

El profesor Mello, que lidera al grupo de profesores que quieren que el liceo Alfieri se abra a Europa y que nos acoge con una hospitalidad de familiar de primer grado, nos invita a ocupar un sitio en su aula y nosotros decidimos irnos a la parte de atrás para tener la visión del alumno y para observar mejor a los alumnos.

La tarea del día es hacer un comentario de un texto de Max Weber de diez páginas de extensión.

Los estudiantes tienen la edad que nuestros estudiantes de segundo de Bachillerato. Weber. Diez páginas.

En los prolegómenos de la clase contamos seis dispositivos electrónicos. Luego, ocho, doce. Finalmente, son todos los alumnos los que manejan una tableta electrónica, un ordenador portátil o el teléfono inteligente. Mientras el profesor habla (y habla mucho: casi todo el tiempo) las estudiantes (en esa



clase, como en todas, hay más chicas que chicos) escriben sin parar en sus dispositivos con la velocidad y la destreza de un mecanógrafo profesional.

Observamos a los estudiantes de hito en hito. Ninguno está desatento. Ninguno deja de tomar apuntes. Son varios los que muestran su acuerdo con el profesor moviendo la cabeza afirmativamente sin dejar de teclear. El rumor de los dedos de veinticuatro alumnos tecleando a la vez dispositivos electrónicos se convierte en un particular ruido de fondo sobre el discurso del profesor.

Rescatamos de nuestro cuaderno de observaciones: a lo largo de la clase, los alumnos son interpelados seis veces y responden a todas ellas. Además, interrumpen al profesor en otras seis ocasiones, en general para mostrar su desacuerdo parcial con lo que ha contado. La media de las intervenciones es 16 segundos. El tiempo que el lector ha empleado en leer las setenta y ocho palabras de este párrafo.

3.- El modelo didáctico.

Durante los cuatro días que estuvimos en el liceo asistimos a quince clases en los que los estudiantes escucharon al profesor conferenciar sobre Kant, la revolución de 1848, la poesía de Wordsworth, Salustio, Antígona, Carlos I, Sartre, los orígenes del Cristianismo... para aprender Historia, Filosofía, Inglés o Francés. Supimos también que la Gramática la aprenden a



través del estudio del Latín y que trabajan mucho hacer contemporáneos a los clásicos.

Los profesores que nos abrieron las puertas de sus clases nos explicaban al comienzo de las mismas que la didáctica era un poco conservadora, y lo hacían diríase que en tono de disculpa. Las pantallas digitales exhibían, por lo común, las páginas del libro de texto que correspondía trabajar, pero eran más un elemento decorativo que otra cosa porque el armazón argumental estaba en el discurso del profesor, que los alumnos seguían con una disciplina intelectual por lo menos sorprendente y una continua toma de apuntes a pesar de que los libros (muchas veces, gruesos volúmenes) estaban siempre disponibles.

El único *powerpoint* que vimos fue el de unos alumnos, que lo utilizaron para presentar en clase su punto de vista sobre el imperio español del siglo XVI. Es cierto que la mitad de los alumnos repitieron el contenido de las diapositivas que les tocaba comentar, pero no la otra mitad...

4.- Los alumnos.

... que utilizaron la aplicación como un apoyo a una presentación que se habían preparado con mayor profundidad.

Coincidimos en Turín con tres profesores de Finlandia y en una reunión final sobre el contenido de la semana comentaban con el mismo asombro que nosotros la fluidez verbal del alumnado, capaces de emitir discursos prolongados, de discutir so-



bre Kant con intervenciones superiores al minuto, de manejar el idioma Inglés con una soltura en algún caso casi nativa, de acompañarnos a una visita por la ciudad y explicar lo que estábamos viendo con una solidez impropia de adolescentes, de hacer una entrevista para un podcast con la actitud incisiva de un periodista experto.

No todos, seguramente, tenían el mismo nivel y no en todas las clases la actitud era igual de sobresaliente. Pero el promedio nos pareció altísimo. Envidiable.

En todo caso, se les ve satisfechos y no parece que existan problemas de disciplina. Los exámenes son muy importantes en sus carreras, que dependen de pruebas externas que los mandarán a uno u otro sitio. De puertas para adentro, dicen que tienen muchos y llevan grabados las de todo el curso en la agenda del móvil: cinco exámenes en una asignatura, ocho en otra...

5.- El sistema y otras cosas.

En la puesta en común preguntamos cómo aprendían los alumnos a hilar discursos si en clase no hablaban; cómo aprendían a hablar Inglés si en las clases sólo hablaba la profesora.

La respuesta puede estar en todas las partes y en ninguna. En Italia existen cuatro liceos diferentes con diferentes asignaturas. El de Artes, el Lingüístico, el Científico y el Clásico. Escritos en orden inverso. Es decir, en Italia el prestigio social recae en



los jóvenes que estudian las Catilnarias y no en los que resuelven derivadas, aunque el treinta por ciento de los egresados del liceo estudien carreras universitarias de Ciencias. Bachilleres de letras que se convierten en universitarios de ingenierías.

¿Profesores bien pagados?, ¿trabajo en equipo?, ¿gestión democrática?, ¿incentivos al trabajo extra?, ¿inversión en equipamiento? Veamos.

Los profesores ganan menos dinero que los españoles. Allá donde se vaya este tema es tabú, y quizás no es correcto escribir aquí las cifras, pero su salario debe de rondar el 65-70% del nuestro.

No existen reuniones de claustro comparables a las nuestras (aunque el profesorado aprueba la designación del equipo directivo que hace la Dirección del centro) ni departamentales (que se celebran, más bien de manera informal, tres o cuatro veces al año), ni departamentos; ni psicólogos, enfermeros, educadores sociales...

La Dirección de los centros está especializada; es decir, el director solamente es director y accede a puesto por designación administrativa. En este momento están en una fase de transición que hace que haya directores que han sido docentes, pero en el futuro no lo serán.

La Dirección dispone de una cierta cantidad de dinero anual para primar el desarrollo de ciertas funciones del profesorado; es decir, tiene decisión sobre los complementos salariales del claustro.



La educación depende de la administración central y el mantenimiento del centro de la local. Las regiones tienen competencias solo en la formación profesional. El año escolar se extiende durante doscientas jornadas y existe cierta flexibilidad para decidir las fechas de principio y final según la localización de los centros.

Las clases en el Alfieri se desarrollan en horario de mañana, desde las 8,30 hasta las 13,30 con un descanso para el almuerzo, brunch? Por la tarde hay tiempo para la optatividad, que se establece en el diez por ciento del currículum, y para cuyo desarrollo los centros pueden recabar la colaboración de empresas externas.

El Alfieri, por cierto, dedica parte de esa optatividad al uso de textos clásicos y la dialéctica para mejorar (más, diríamos) la comunicación oral y para profundizar en la expresión artística.

6.- El lamento.

Compartimos un café con uno de los profesores más veteranos del centro. Conocía bien España porque había trabajado en el liceo italiano de Madrid algunos años. Se sentó solo para darnos una colleja:

Es evidente que el sistema educativo italiano es muy superior al español

y para lamentarse amargamente:

Así que no entiendo por qué España funciona e Italia no: allí las calles están limpias por la mañana, el transporte público llega a tiempo... no sé por qué eso es así.

Y se fue amable y pensativo, y por supuesto no discutimos sobre el treinta por ciento de estudiantes del Sur de Italia que abandonan el colegio sin ningún título ni hablamos de política, ciudadanía, idiosincrasia, debilidad del Estado ni otras cosas que en absoluto venían al caso.